EP Cultura 09 final 5/24/06 10:32 AM Page 28

GalaxiaGutenberg

Minucias del lenguaje

Nahuatlismos de referente "europeo"

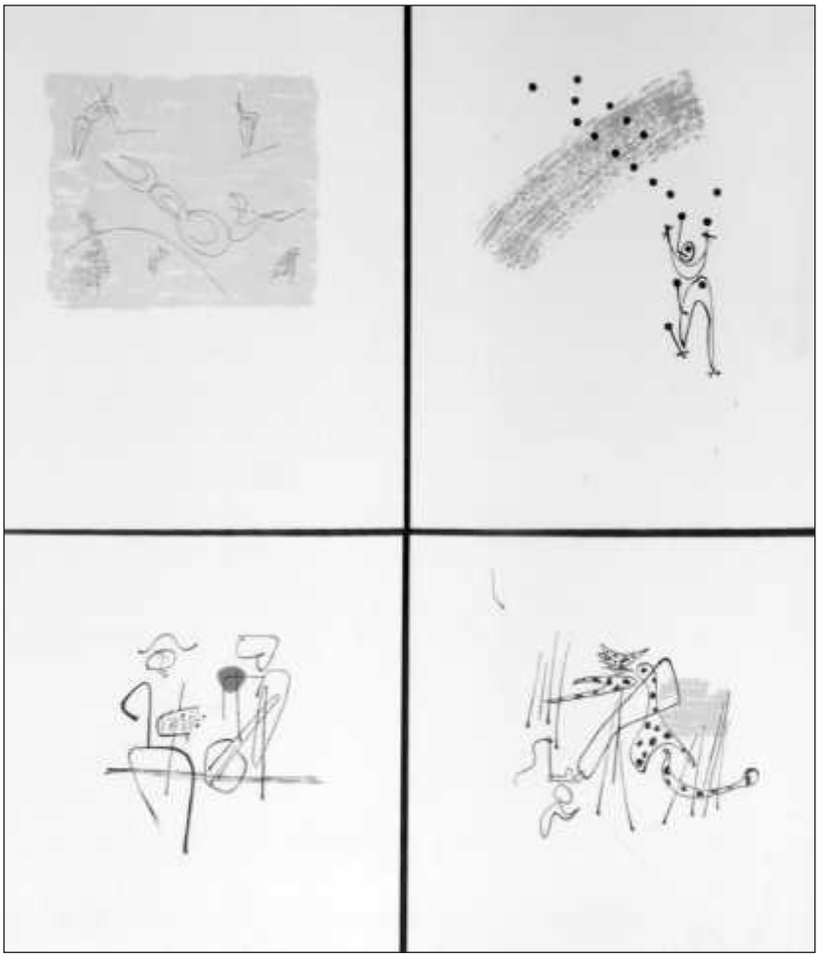
José G. Moreno de Alba

La casi totalidad de nahuatlismos del español actual, tanto del mexicano como del general, muy explicablemente, aluden a realidades americanas o mexicanas como, por ejemplo, de la fauna: *ajolote, coyote, mapache, quetzal…*; de la flora: *aguacate, cacahuate, cacao, chayote, chile, nopal, tomate…*; de la comida: *atole, enchilada, guacamole, mole, tamal, pozole, totopo…*; de bebidas populares: *mezcal, pulque, tepache, tequila*; de los enseres domésticos: *petate, comal, metate, chiquihuite, jícara…*

Llaman por ello la atención tres nahuatlismos cuyos significados aluden directa o indirectamente a realidades que, de forma lata, llamaré "europeas", queriendo decir con ello que no existían en América a la llegada de los españoles y que fueron traídas por ellos a estas tierras. Dos de esas voces se relacionan con el concepto 'leche'. Sabemos que, antes de la llegada de los europeos no había en este lado del Atlántico ganado vacuno y, por ello, la leche de vaca no formaba parte de la dieta de los antiguos mexicanos. Tampoco hay prueba alguna de que consumieran leche de algún otro mamífero. La palabra *jocoque* (o *jocoqui*), según el Diccionario académico usual (ediciones 21ª [1992] y 22ª [2001]), procede del náhuatl *xococ* ('agrio') y designa una "preparación alimenticia a base de leche agriada, semejante al yogur". Antes sólo se había consignado en ediciones manuales (no usuales) de los años 1927, 1950, 1983 y 1989. En el español mexicano está registrada desde por lo menos el siglo XVII. Hugo A. Mejías (*Préstamos de lenguas indígenas en el español americano del siglo XVII*, UNAM, México, 1980, p. 80), la halla en documentos de Nueva Vizcaya de 1644: "6 rreales de *jocoque* y mecatillos", "1 chicubite con 1 libra de *xocoque*". La voz *jocoque* (y el referente mismo, el producto: 'leche agria') sigue viva en el español mexicano actual, en particular en el del centro y norte del país. También aparece en textos literarios:

> Y aquellas tamaladas, señor don Manuel, ya no se encuentran ni en la misma Providencia. Los buñuelos no se hicieron para la piel de los asnos, ni mucho menos para las latas del supermercado. Beatriz insiste en sus reencarnaciones, en que ya se le olvidó el olor del *jocoque* y en que sólo gusta de la canasta uruguaya (…) (Arturo Azuela, *El tamaño del infierno*, Cátedra, Madrid, p. 216).

Jocoque es, pues, un vocablo de origen náhuatl que alude a un producto, la leche, inexistente en el México prehispánico. Es muy probable que el vocablo náhuatl (*xococ*), antes de la conquista, designara una determinada bebida, ácida seguramente y, después, se empleó para llamar a la leche cortada o agria. Birgitta Leander, en su libro *Herencia cultural del mundo náhuatl* (SepSetentas, México, 1972, p. 210), explica que "entre la clase humilde se acostumbraba tomar una taza de *atole* en la mañana (…) Algunas veces tomaban también *pinole* o *jocoqui*".

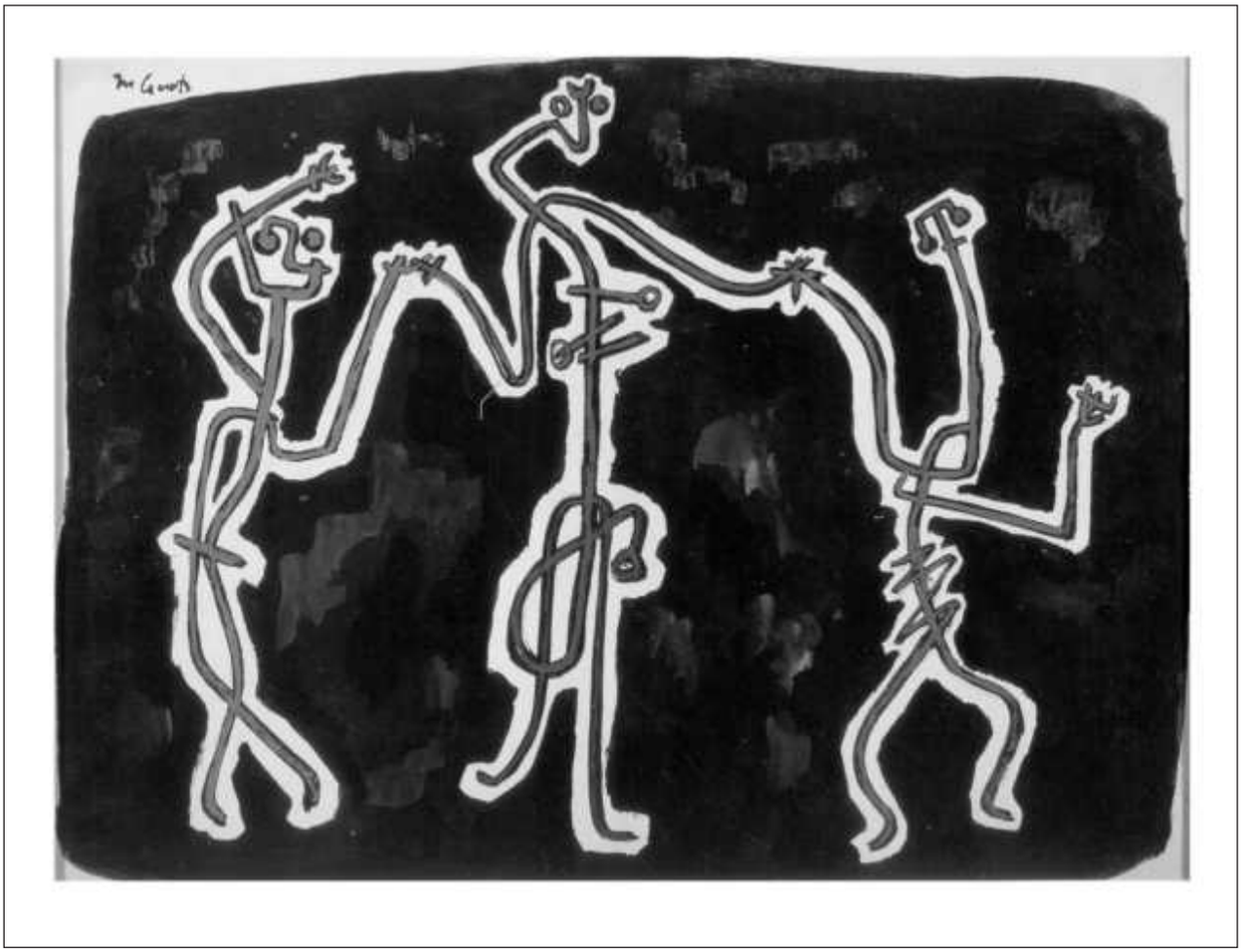


EP Cultura 09 final 5/24/06 10:32 AM Page 29

En el español del centro y quizá del norte de México sigue empleándose, aunque menos que *jocoque*, el nahuatlismo *taninole*. No aparece en ningún diccionario académico. Sí se explica en algunos vocabularios de mexicanismos y regionalismos. Por ejemplo, Juan Palomar de Miguel (*Diccionario de México*, Panorama, México, 1991), sitúa la voz en el campo de la repostería y anota, como definición, lo siguiente: "Golosina zacatecana consistente en un camote tatemado o en una calabaza cocida, con leche y azúcar o con miel". Peter Boyd-Bowman, en su libro *El habla de Guanajuato* (UNAM, México, 1960, p. 294), describe el taninole simplemente como 'calabaza revuelta con leche', aunque aclara que la voz tiene, en el lenguaje de la agricultura, otro significado: 'basura o deshecho del frijol'. Recuerdo que en Aguascalientes, hace muchos años, no sé si todavía hoy, para preparar el taninole se raspaba la pulpa de una calabaza en tacha o simplemente cocida, se ponía ésta en un plato hondo, se agregaba la leche y se mezclaba. *Taninole* es, entonces, otro nahuatlismo que, como *jocoque*, alude a un producto, la leche, inexistente en la alimentación del México prehispánico.

Tololoche, vocablo de origen náhuatl, empleado en el español mexicano, procede, según Francisco Santamaría (*Diccionario de mejicanismos*, Porrúa, 1959), de *tololontic* ('redondo') y, por su significado, equivale a "el contrabajo de cuerda". El contrabajo y, en general, los instrumentos de cuerda llegaron a México procedentes de Europa. Es probable, por otra parte, que con el vocablo *tololoche* se aludiera a un contrabajo fabricado ya en México:

> Por floreciente que fuera el comercio musical de España hacia México, difícilmente la producción europea de instrumentos podía satisfacer la demanda que por ellos había en la Nueva España. Así, gracias a una habilidad manual ancestral, en el México del virreinato comenzaron a surgir talleres de laudería en que se fabricaban muchos de estos instrumentos, especialmente los requeridos por el gusto popular: tambores, trompetas e instrumentos de cuerda. El contrabajo, por ejemplo, adquirió desde el siglo XVII gran difusión con el nombre de



GalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenberg

tololoche (Jas Reuter, *La música popular de México*, Panorama, México, 1980, p. 609).

Sabemos que, en los primeros tiempos de los descubrimientos y las conquistas, era frecuente el fenómeno de expresar con palabras españolas, casi siempre con notable distorsión, realidades americanas, para las que existía una denominación precisa en la lengua indígena. Llamaban, sea por caso, *lagarto* al *caimán*, *tigre* al *jaguar*, *león* al *puma*, *pavo* al *guajolote*, *cuervo* al *zopilote*, *zorro* al *aguará*, *pimiento* al *ají* o *chile*, *redes de algodón* a las *hamacas*, *culebra* o *sierpe* a la *iguana*, etcétera. En otros casos se da una mejor sinonimia, aunque siempre persisten imprecisiones: es el caso, por ejemplo, de *ortiga* por *chichicascle*, *almuerzo* por *itacate*, *babosa* por *tlaconete*, *cesto* por *colote*, *abejorro* por *jicote*, *zapapico* por *talache*, *cobija* por *tilma*, *cargador* por *mecapalero*… También hay casos en que la sinonimia parece resolverse a favor de la lengua indígena: *cempasúchil* mejor que *flor de muerto*, *jacal* mejor que *choza*, *tecolote* mejor que *lechuza* o *búho*, *zacate* mejor que *hierba* o *pasto*. Todas estas palabras, ya sean españolas ya sean nahuatlismos, hacen referencia a realidades americanas que pueden expresarse por medio de una voz española o de un nahuatlismo. Lo interesante de voces de origen náhuatl, como *jocoque*, *taninole* y *tololoche* es que aluden, al menos parcial o indirectamente, a realidades europeas. Hay otros nahuatlismos, mejor conocidos y de mayor empleo entre los mexicanos, que también parecen hacer referencia a realidades no precisamente americanas: *machote* por *forma* o *esqueleto* ('formulario'), *papalote* (de *papalotl*, 'mariposa'), por *cometa, cuico* (de poco empleo hoy) por *policía*… ~

El triángulo de las Blasco

Eduardo Casar

~

Gonzalo Celorio.
Tres lindas cubanas, Tusquets, Colección Andanzas, México, 2006.

Yo salí en la primera novela de Gonzalo Celorio, bajo el pseudónimo de "Eduardo". Satisfecho por mi actuación el autor me pidió que trabajara en esta que hoy se presenta.

Pocas veces se le concede a un personaje de una novela la oportunidad de expresar públicamente sus sentimientos en torno a las acciones en las que un escritor lo ha involucrado.

Ya me imagino yo la jeta con la que hubiera llegado Ana Karenina a quejarse, toda enyesada, del empujón que le dio Tolstoi en la estación del tren.

O la cara que hubiera puesto Dostoievski cuando Raskolnikov, ya viejito y más sabio por todas sus lecturas de Bajtin en Siberia, le reclamara el haberle cerrado como cualquier mono lógico las ricas posibilidades que le abrió en los primeros capítulos de *Crimen y castigo*.

Es famoso el pasaje donde el personaje de *Niebla*, de Unamuno, le reclama a éste que quiera matarlo cuando está tan contento de la vida literaria que lleva. Unamuno se emperra en liquidarlo y el personaje, en un magnífico alarde de cizaña, le sugiere que diosito, famoso ya desde entonces por sus puntadas, acabará algún día con Unamuno de un plumazo, oprimirá la inexorable tecla de *delete*.

A fin de cuentas el que tuvo razón fue el personaje porque debo comunicarles, con gran pesar, que Unamuno ha muerto. Y, en cambio, el personaje sigue vivo cada vez que uno vuelve a releer la novela.

Y en esa paradoja está el *quid* de *Tres lindas cubanas*.

La literatura de Gonzalo Celorio siempre ha tenido conscientemente el sello de lo autobiográfico. Incluso sus ensayos siempre dicen estoy en mi escritorio, etcétera y etcétera, la glicina florece y el barroco es el arte de la contraconquista. Gonzalo se resulta ineludible.

En su primera novela, *Amor propio*, el personaje, que va pasando de Moncho a Ramón y luego a Aguilar, a la altura de Ramón se estaba pareciendo mucho a Gonzalo. Lo que hizo entonces el autor fue meter a otro personaje, el profesor Juan Manuel Barrientos, que se pareciera más a él, para que así el lector avisado no identificara al autor con Ramón y éste pudiera cumplir su destino más relajadamente, sin pudor que viniera de adentro ni reclamos que vinieran de afuera.

El problema fue que el nuevo personaje resultó tan atractivo que Gonzalo lo nombró protagonista de *Y retiemble en sus centros la tierra*, su siguiente novela, la cual es un prodigio. Es un cuento cerrado, es un cuentote donde la prosa de Gonzalo, siempre nutrida por la enunciación poética, alcanza niveles inusitados de sinceridad emotiva. Porque ojo: es más fácil que uno llore por la suerte de un personaje que por la suya propia.

Celorio es un hombre tocado por el lenguaje, trastocado por él. Su oído insomne, entrenado por el habla y la lectura silenciosa que resuena adentro, permanece siempre atento a las desafinaciones, a todo tipo de desafinaciones, pero sobre todo a las del lenguaje. Y por eso ha ido adelgazando (tanto él como) la línea que separa la vida de la literatura. Poco a poco, limando, les ama y exalta los contornos verbales a las cosas y ésa es su manera de apropiárselas, de transformarlas y de regresarlas para que los lectores podamos contemplarlas como nuevas.